

Entre la historia y la censura

El ruso Sergei Eisenstein es un icono en la historia del cine. A 60 años de su muerte, la autora repasa la trascendencia del polémico realizador de *El acorazado Potemkin* y su estancia en México. **TEXTO: DOLORES TAPIA**

Cuando la única voz del cine era la música, el norteamericano Griffith puso las bases de lo que hoy es el lenguaje cinematográfico, pero la aportación del ruso Eisenstein subrayó lo creativo en el área de la edición, para provocar así un verdadero impacto en el espectador. Sergei Eisenstein es el creador de *El acorazado Potemkin* y a 60 años de su muerte (11 de febrero de 1948), su nombre es pilar en la historia. En un momento como este, de florecimiento de producciones fílmicas, exploración artística y evolución técnica, se destacan de manera clásica dos cosas en este autor. Una: Al igual que directores como Cecil B. DeMille o el alemán Wilhelm Murnau, existió en su antecedente creativo una impronta teatral que en su caso asomó en el trabajo a posteriori y que permeó en lo que creó para la pantalla. Dos: Su evidente línea política (apegada a las reglas oficiales de un Estado leninista que nacionalizó

el cine en 1919) y que provoca, aún hoy, comézón a los aficionados.

En su momento y por razones que competen a la historia, el trabajo de Eisenstein fue víctima de la censura. Una acción poco novedosa que en el séptimo arte han padecido creadores de la talla de David Lynch y Oliver Stone. Aunque la revista *Time* no haya incluido ninguna película de Eisenstein en la lista de los 100 filmes más importantes de la historia, ni *Rolling Stone* en sus 40 que "cambiaron el mundo", es cierto que *El acorazado Potemkin* es uno de esos filmes sobre los que se ha escrito tanto y uno de esos trabajos que muchos jóvenes aficionados al cine no han visto.

En su justa apreciación histórica, Eisenstein (1925) no utilizaba actores profesionales para sus películas (hoy, en su trabajo de exploración, Reygadas tampoco lo hace), pero su narrativa estaba enfocada a la sociedad y no a los individuos,

específicamente a los conflictos de clases. El artista era correspondiente con el régimen ruso. Eisenstein nació en Letonia en 1898 y se enroló en las milicias populares que participaron en la Revolución de Octubre y ya en el Ejército Rojo tuvo contacto con el teatro. Fue director del Teatro Obrero en 1920. Desarrolló una muy particular visión del arte dramático, que tuvo como base la yuxtaposición de imágenes sumamente emotivas. Luego, esto lo hizo cine.

El mito de Potemkin

Esta multimencionada cinta fue creada en 1925. Ha sido filme de referencia, de estudio y de repudio. Fue realizado a petición del gobierno ruso, con motivo de la conmemoración del motín del acorazado del mismo nombre. Un hecho que marcó –entre otros– los inicios de una revolución histórica. Este filme, que para muchos hoy día puede ser hasta naif, se inscribió en la lista de Bruselas de 1958 como "el mejor de la historia del cine". El trabajo pretende narrar los acontecimientos acaecidos en Odessa en junio de 1905. Los hechos no son fieles a la realidad, como muchas otras acotaciones eisensteinianas, razón por la cual este artista en cuestión tam-



ILUSTRACIÓN: SILVIA LUZ ALVARADO

bién ha sido crucificado. Otro enfoque subraya la importancia del "impacto" de sus secuencias y no de su fidelidad histórica. Pero muchos creyeron verdad lo que contó con mentiras. Un símil podría ser *Casablanca*: ¿había miembros de la SS realmente en el Marruecos francés en la situación que se plantea? No. Y el filme es un clásico. Tampoco Shakespeare fue fiel a la historia en su *Ricardo III*. Fue un documento de ficción, con méritos artísticos y gran credibilidad emotiva.

En la película de *El acorazado Potemkin*, el director logra una secuencia realmente conmovedora. Su herencia teatral (que va de Meyerhold al clown), derivó en una

sobregesticulación de los personajes y exageraciones que hoy se antojarían terribles. En su momento, no. El autor habla de un héroe colectivo, su tema es la epopeya popular. Lo que el artista ruso deseaba era hacer sentir al espectador, y lo logró con algo que él mismo llamó "montaje de atracciones".

Un tema técnico-emotivo que se aprecia en la película durante una secuencia en las escalinatas de Odessa, la cual se ha destacado como "lección fílmica" y cuyo montaje se estudia en las escuelas de cine. Son seis minutos y 165 planos (hay quienes afirman son 170). Este momento cinematográfico ha sido homenajeado por Francis Ford

El cineasta ruso murió solo en 1948... Su aportación se coronó después en la historia del séptimo arte. Sergei Eisenstein merece ser desempolvado...

Coppola en *El Padrino*, por Brian de Palma en *Los Intocables* (otra versión asegura que no fue homenaje, sino plagio), y George Lucas en su última entrega de *Stars Wars*. La secuencia se puede ver en YouTube.

El montaje que plantea Eisenstein tenía correspondencia con lo que en teatro planteó Bertolt Brecht. Ambos consideraban las "atracciones" en función del "efecto" en el espectador. Para el ruso el que mira es vital. El trabajo de edición no tiene que ver sólo con seguir una secuencia, sino con que "esa" secuencia pueda generar algo "fuerte" en el espectador. Hoy día muchos directores hollywoodenses y destacados publicistas utilizan estas técnicas.

La exhibición de *El acorazado Potemkin* fue prohibida en los países europeos. En España no se permitió exhibirla hasta ya iniciada la Guerra Civil (1936). Los detractores de Eisenstein aseguran que el ruso nunca dudó en acomodarse cerca del poder y que incluso, fue capaz de mutilar la cinta *Octubre*, abortando imágenes de León Trotsky porque ya era "políticamente" incorrecto. En nuestro país arrancó una odisea artística que no tuvo buen final.

De Rusia a México

Eisenstein realizó su primer largometraje, *La huelga*, en 1924, con el grupo del Teatro Obrero. En 1927 dirigió *Octubre*, basada en una obra de John Reed. La cinta tuvo que ser mutilada por cuestiones de censura. Le seguiría *La línea general* en 1929, que también enfrentó problemas

debido a su contenido. Lo intentó en Hollywood cuando todo parecía prometer, pero luego de vericuetos políticos terminó en México, donde rodó *¡Que viva México!* en 1932, cinta que nunca terminó. Sin embargo, este trabajo influyó en la posterior *Viva Zapata*, en 1953, de Elia Kazan.

Como todo lo que hizo el cineasta, su estancia en México no estuvo exenta de polémica. Su intento de película tuvo buena sangre; las aportaciones creativas de los muralistas Orozco y Rivera, así como la influencia de José Guadalupe Posada y los fotógrafos Agustín Jiménez y Manuel Álvarez Bravo. Sin embargo, al llegar a México, Eisenstein y sus ayudantes de dirección, todos rusos, fueron encarcelados. Gracias a la intervención de un amigo español, el panorama cambió hasta el punto de que lo convirtieron en huésped de honor.

Las suspicacias del gobierno ruso y mexicano frenaron la producción y se le quitó el apoyo económico. Al inicio se planteó un casi documental titulado *The Mexican Life*, pero la mirada ingenua y comunista del creador y los problemas de clases que se vivían en nuestro país, que tenían que ver más con el coloniaje que con la democracia, provocaron un cambio de título y perspectiva, lo que motivó que el gobierno mexicano le asignara censores y terminara por ayudar a que el rodaje no fuera concluido.

Deprimido, regresó a Rusia donde tampoco terminó *El prado de Bezhin*, una tragedia campesina

políticamente incorrecta. Se dedicó entonces a la enseñanza y a la elaboración de teorías sobre el uso del color y del sonido en el cine. Diez años después de su última obra, Eisenstein dirigió *Alexander Nevski*, que cuenta la historia del héroe nacional ruso que derrotó a los teutones en el siglo XIII. Su protagonista en esta ocasión fue una sola persona y no la masa. Diluyó así su estilo documental para ser sustituido por la reconstrucción de la historia.

Hombre enlatado

Al iniciar los años cuarenta, prospectó una interesante trilogía sobre el mito de *Iván el Terrible*. Planteó sin dudar el drama del zar como una materialización de las contradicciones de un político ortodoxo, que se vio obligado a enfrentarse con una iglesia incapaz de perder sus privilegios feudales. La imagen que Eisenstein presentó de este zar disgustó a los dirigentes comunistas soviéticos, y después de recibir el Premio Stalin, la segunda y tercera parte de esta saga fueron prohibidas.

El cineasta ruso murió solo en 1948, fue uno de los grandes en la época de transición al cine sonoro. Su aportación se coronó después en la historia del séptimo arte. El barullo del tema cinematográfico hoy día acarrea polvo al nombre de los clásicos. Eisenstein merece ser desempolvado. •

DOLORES TAPIA

Guadalajara, 1976. Es periodista, productora de teatro y actriz.